los caprichosos adornos de cantería, tomaban un tinte melancólico que convidaba á la meditacion y al estudio.

Esos dias en que parece que la naturaleza llora, que el cielo se vela con fúnebres crespones, que el agua azota débilmente los cristales como queriendo acariciarlos, que las flores y las hojas se cubren de linones blancos, como los de las vírgenes conducidas al campo-santo; esos dias, repito, que se sutilizan, por decir así, y en los que todo toma formas aéreas, intangibles y vaporosas, infunden en el espíritu una dulce melancolía, que sólo puede hallar análogo alimento en las delicias inefables que la lectura proporciona.

Sentados, pues, el dia de que hablo, que no era otro que el sábado próximo pasado, en cómodos sillones, un docto amigo mio y yo, y recibiendo en el rostro el fresco halago del húmedo ambiente, nos entregamos al incomparable placer de la lectura. La obra que mi amigo eligió es una de las que mayor éxito han logrado últimamente, en la coronada Villa de Madrid: *En el pilar y en la cruz.* Este drama del Shakspeare contemporáneo, del gran poeta español D. José Echegaray, sólo había llegado de oidas á mi noticia, y vehementísimos deseos tenía de conocerle. Así es que presté religiosa atencion á su lectura, la cual era de suponerse que me produjera viva y profunda emocion, atendidas las condiciones de espiritual somnolencia en que me encontraba, y que abrían, por expresarme así, las puertas de mi más íntima sensibilidad, á todos los encantos de la poesía.

En el pilar y en la cruz, como todos los dramas de Echegaray, es grandioso en su concepcion, y original y nuevo en su forma. Leido, seduce por su versificacion riquísima, por sus golpes escénicos sorprendentes, por sus caractéres perfilados con enérgicos rasgos, y por su desenlace shakspeariano. Ignoro si en la representacion producirá iguales efectos. Lo que sí

se puede asegurar desde luego, es que en originalidad no cede á ningun drama moderno, aunque parezca aventurada la afirmacion.

Echegaray es un creador infatigable, que una vez concluida una obra, rompe é inutiliza el molde, para no copiarse nunca á sí mismo. En los accidentes de sus dramas quizas se reproduzca algunas veces, pero en la esencia, en las condiciones internas, jamas vuelve la vista á sus producciones anteriores.

Sin duda por esto me decía un jóven y distinguido literato que Echegaray es uno de los poetas dramáticos de nuestros tiempos que sobrevivirán en la admiracion de la posteridad.

Á. "J."

Mi buen amigo *J*, de quien ya he tenido ocasion de hablar, dedica algunas columnas en *El Siglo XIX*, al exámen de *Por el joyel del sombrero;* pero hay tales inexactitudes en la narracion del argumento de este drama y sobre todo se le tacha á su final un defecto tan desconocido en los anales de la literatura dramática, que no es posible dejar pasar el artículo sin hacerle algunas rectificaciones. Hágoselas, tanto por impedir que las personas que no conozcan el drama se formen un concepto equivocado de él, cuanto por la nociva trascendencia que pudiera tener el artículo de *J*, bien escrito como todos los suyos.

Entrémos en materia.

Los errores en que ha incurrido *J*, son los siguientes: no decir el impedimento que tenía Benavídes para casarse, con lo que hace confusa en el alto grado su narracion; afirmar que Íñigo, en el momento en que D. Gonzalo va á matar á su hija, pide para él la muerte, y que esto basta á D. Gonzalo para

creerle culpable, siendo así que el mismo Íñigo confiesa claramente su fingida culpabilidad; asegurar que no obstante la negativa de Mencía para conceder la cita que le pide en el tercer acto Benavídes, se presenta éste por el balcon sin su permiso, cuando en el drama se ve muy bien que Mencía cede, aunque con repugnancia, á las sugestiones que le hace Gertrúdis en pró del Capitan; y finalmente, dar á entender, sin duda por lo ambíguo de la frase, que D. Gonzalo es quien hiere á Íñigo, error el más craso y trascendental de todos, pues D. Gonzalo, al saber la hidalguía de Íñigo, anhela vengarse de Benavídes y no del dignísimo huérfano.

Pero lo más importante, lo que verdaderamente envuelve, no sólo una inculpacion á la obra, sino una exigencia desatinada, es el defecto que se le señala al desenlace de la fábula. Dice *J.* que, supuesto que son dos sus protagonistas, Íñigo y Mencía, debió el autor revelarnos el fin de los dos y no sólo el del primero; que, segun las costumbres de la época, no quedaba otro recurso á Mencía que morir de alguna manera ó tomar el velo monjil, cosas ámbas que le desagradan; y que Peon pudo buscar, *con su buen talento dramático, un fin nuevo, natural, hermoso, y que dejase satisfechos los ánimos, ya que tanto se interesan por aquella infortunada jóven.*

Examinémos el valor de estos cargos.

¿Está obligado el poeta dramático á poner un epílogo en que se revele el fin de cada uno de sus personajes? Evidentemente que no. Las condiciones á que deben sujetarse los poemas escénicos no permiten tal apéndice ó suplemento, por otra parte inútil. Una vez desarrollado el pensamiento que se propuso desenvolver el autor, éste no está en la obligacion de ministrar explicaciones póstumas, mucho ménos cuando ni á los géneros épico-dramáticos, como la novela, el cuento, la leyenda etc., que más podrían admitir semejante añadidura, se les

puede exigir que den informes de los acontecimientos ulteriores que á cada uno de los personajes hayan sobrevenido.

Respecto de la poesía dramática, más infundada é insólita es aún la exigencia. Un autor se propone dar vida escénica á un pensamiento estético cualquiera, y para ello usa de los médios indispensables á su propósito; pero una vez realizado éste, los médios pierden toda ó gran parte de su importancia. Peon quiso, y lo consiguió, poner á prueba la nobleza innata de su protagonista. Habiendo dado cima á su proyecto ¿es racional exigirle que nos refiera la vida y milagros de cada uno de los personajes que introdujo en su composicion para modelar su pensamiento dramático? Al juzgar un edificio, palacio ó catedral ¿se le ocurre á nadie preguntar por los andamios y cimbras que en su construccion se emplearon? En un cuadro pictórico, que represente una escena patética ó chistosa ó lo que se quiera ¿tiene obligacion el pintor de ponerle notas ó apostillas, para dar cuenta y razon de cómo vivieron y murieron todas y cada una de las personas pintadas?

Ademas, si *J* reconoce que á Mencía, segun las costumbres de la época, no quedaba otra disyuntiva que la muerte ó el claustro ¿por qué no supone que sucedió una de ámbas cosas y zanja la dificultad? Mencía se mete monja, está bien; se muere, aceptado. ¿Qué nueva belleza adquiere el drama con una ó con entrámbas suposiciones? Ninguna. Luego es inútil hacerlas: luego el poeta no necesita decirnos que ella piense en matarse ó en enclaustrarse; porque en cuanto á la muerte natural, uno de tantos recursos de morirse, ya se infiere que tarde ó temprano tenía que venirle.

De todo esto se deduce que *J*, á pesar de su claro talento, anduvo asaz incauto en sus inculpaciones, acaso porque escribió su artículo con precipitacion y sin el reposo y la mesura que le son peculiares.

El Lic. Nicolas Azcárate.

Hoy hace nueve dias que abandonó esta hermosa ciudad, para volver á Cuba, el Sr. Lic. Nicolas Azcárate. Triunfantes en la política cubana, las ideas que ha sostenido siempre, respecto de las relaciones de la gran Antilla con España, su puesto estaba vacante entre los vencedores. Sus correligionarios le llaman y él acude á su llamamiento. Nada más justo que participar de los laureles de la victoria, cuando se han tejido con los esfuerzos incesantes del periodista y del político, con la predicacion infatigable del apóstol de la paz, con los argumentos poderosos del jurisconsulto y con la pérdida voluntaria del patrimonio, del hogar y de la patria.

Azcárate, como abogado, como político, como orador y como periodista, ha ocupado siempre lugar distinguidísimo, en la Habana, en Madrid y en México. La tribuna, el foro y la prensa han sido los escabeles de su reputacion. Hoy, el triunfo de sus ideas, viene á ser la apoteósis de su apostolado político. Cuanto él predijo se ha cumplido: su palabra fué á manera de oráculo. Por eso casi le circunda ahora la aureola del profeta.

Proscrito de su patria, halló en la nuestra refugio á su ostracismo y consuelo á sus dolores: México fué su segunda patria. Estoy seguro de que no le olvidará nunca y de que le recordará siempre con amor entrañable, como se recuerda á un sér querido.

Tiene Azcárate despejadísima inteligencia, pronta y feliz imaginacion, é inextinguible y profundo amor al arte. No es extraño, pues, que haya conquistado en su tierra natal, y fuera de ella, tan merecida celebridad. Brillante y fácil su palabra, vastos y macizos sus conocimientos en todas materias, florido y elegante su estilo, pródiga é inagotable su indulgencia,

firme y benéfica su proteccion,—ha logrado dejar en todas partes, entusiastas admiradores y sinceros amigos. No es ménos admirador él del ingenio donde le encuentra, ni ménos franco en corresponder al cariño que se le profesa. Grande su corazon, le tiene para las letras y para la amistad, y en ámbas derrama á torrentes el caudal de sus ingénitos y generosos sentimientos. Donde él está, es fuerza que se le quiera y se le admire. Se impone por la alteza de su inteligencia y por la energía de su voluntad inquebrantable.

Y así como es apto y experto para las labores de la literatura, de la oratoria y de la jurisprudencia, es incansable y pertinaz en todas ellas. Escribe de corrido dias enteros, sin dar tregua al trabajo, y no se siente á la postre fatigado. De aquí la fecundidad de que dió palmario testimonio en *El eco de ámbos mundos*, que en sus postrimerias fué casi por él solo redactado. Allí emitió luminosos juicios críticos sobre todas las obras literarias que por entónces se publicaron en México, principalmente dramáticas. Allí trató con admirable tino todas las cuestiones sociales, económicas y políticas, que agitaban y conmovian el seno de nuestra sociedad, combatida sin cesar y desgarrada por empeños y turbulencias de todo género. Allí fué el ardoroso campeon de todas las ideas nobles y levantadas, que nunca dejaron de encontrar apoyo en su corazon y en su inteligencia, siempre dispuestos á salir en defensa de la justicia, de la razon y de la belleza. Allí fué el paladin fervoroso y tenaz de la escuela idealista en arte y de los más hermosos principios de literatura.

Con todo el fervor de su corazon, con toda la energía de su voluntad, con toda la fortaleza de su talento y con todo el vigor de su sabiduría, defendió siempre el idealismo, ensueño dorado que le movia á escribir las más brillantes páginas. Quizas por esto los aficionados á las letras leían con avidez sus

artículos, donde encontraban deleite para la fantasía y alimento para la inteligencia.

Su propaganda no se limitaba, sin embargo, al periódico: en los salones, en los cafés, en los teatros y sobre todo en su cuarto del Hotel Iturbide, donde le visitaban multitud de personas, ejercía de contínuo su mision de enseñanza, con mucha generosidad y extremada sabiduría.

El carácter de propaganda y de polémica que comunicaba á cuanto escribía, fué causa, empero, de que se le hiciese grande oposicion en la prensa y de que se empeñase él en multitud de discusiones, que á lo último, si bien se quedaban por lo general en sus trece los discutidores, daban por resultado que los que las seguian en todas sus peripecias, sacasen de ellas algun fruto, aprendiendo lo que no sabían ó mirando á otra luz y con mayor claridad ciertas cuestiones que acaso ántes no habían llegado á estimar en su verdadera importancia.

Azcárate es polemista por excelencia y tiene dotes especiales para la polémica, no siendo las menores su clarísimo ingenio, su discernimiento seguro y lógico, y su gran facilidad de locucion. Debido á estas cualidades, ménos comunes de lo que á primera vista parece, salía él victorioso por lo regular en las controversias que sostenía, con gran satisfaccion y complacencia de sus lectores.

En defensa de Peon, especialmente, á quien profesa inextinguible cariño, rompió lanzas con todos los que se atrevian á tildar de alguna manera sus composiciones dramáticas. Le daba tambien muy buenos consejos en materias literarias y acogia con entusiasmo todas las obras que le iba á consultar. Y era el primero en aplaudirle en el teatro, el primero en felicitarle en el foro y el primero en elogiarle en la prensa. Con todo lo cual no hacía en verdad más que administrarle justicia.

Justiciero, aunque benévolo, era en todo caso Azcárate, así

pudiera tratarse de su mayor enemigo. Para todos los literatos tenía elogios, en proporcion de sus méritos, y á todos los animaba á seguir por la senda escabrosa á menudo, pero brillante, de la literatura.

Por eso todos han deplorado su partida, y le han manifestado su admiracion y su cariño, escribiendo sentidas frases en el álbum que él quiso llevarse, con los nombres y los autógrafos de las personas de su estimacion que deja en México, y que sin duda guardarán grata memoria de tan cumplido caballero y tan insigne escritor.